

de extinción. Tras el atasco y los buenos días a todos los padres y madres que me voy encontrando por la calle, un beso y andando, que llegamos tarde al trabajo.

Mientras los veo alejarse con su *mochila con ruedas*, me veo a mí mismo a su edad, subiendo la cuesta del *Brillante*, formando parte de un desfile improvisado de pequeños soldados que se dirigen, como guiados por un flautista de cuento, a esos edificios blancos que se funden con el horizonte en los que se les iba a formar. No había nada más allá, la ciudad terminaba en aquel punto. Y, sin embargo, allí íbamos: repletos de nuevas historias que contar y con un enorme vacío de contenido en nuestros cerebros, que bullían cada día, ávidos de aprendizaje.

Recuerdo todo aquello y una sonrisa cubre mi rostro. Un pellizco de añoranza vuelve a mi corazón. El recuerdo de unos años en los que no importaba qué hora era, en los que nuestros maestros eran toda una institución a la que nuestros propios padres respetaban y dotaban de toda la autoridad para nuestra educación. Años en los que los niños cargábamos con nuestra responsabilidad, la de convertirnos en "*personas de bien*"; en los que llevábamos nuestros juguetes a clase el día después de las vacaciones de Navidad; en los que no había grupos de "*wassap*" con interminables discusiones sobre los deberes de nuestros hijos, ni agendas escolares, ni academias de idiomas.

Y siento cierta pena por mis hijos. Porque no pueden disfrutar de aquellos años con la inocencia con que lo hacíamos nosotros. La sociedad de hoy los convierte en pequeños adultos con un horario demasiado ajustado como para jugar. Con demasiadas imposiciones y prejuicios a los que enfrentarse en su día a día. Pero enseguida borro ese pensamiento negativo.

Acelero el paso, mientras la ciudad termina de despertarse. No llevo mochila, a mis espaldas porto los años que empiezan a pesar, mi desayuno se basa en una dieta baja en colesterol, hace años que no pruebo una torta de manteca. Y las mujeres ya no barren sus puertas, un ruidoso camión barredor hace lo propio levantando polvo y hojas por donde pasa. Pero sigo sonriendo porque en el fondo de mi ser todavía habita aquel niño flacucho, al que se le daba fatal jugar al fútbol y al que decían empollón. Todavía reservo un hueco en mi corazón para aquellos años que me hicieron ser como soy hoy en día. Para aquellos edificios blancos fundidos con el horizonte en el que moldearon mi niñez, transformándola en juventud. Aquel lugar llamado SAFA en el que me sentí, siempre, como en casa.

Daniel Pastrana Gallego, cursos 1981-1996



Foto: Juan Jesús Ruiz Cabreara: "Écija, la luz".



DANIEL PASTRANA GALLEGO

PERFIL BIOGRÁFICO. Daniel Pastrana Gallego es ecijano de Cañato, de la calle Palomar, 15 (Écija, 17-12-1978). El segundo de cuatro hermanos (Emilio, Moisés, Milagrosa) de una familia formada por sus padres, Emilio y Margarita. Estudió en SAFA desde 1981 hasta 1996.

Daniel es **periodista y escritor**, hombre de la televisión y de la literatura. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de Sevilla en el año 2000, “amante de los libros, el cine y los videojuegos”; reconocido periodista en medios escritos, radiofónicos y televisivos, sobre todo en *Écija Comarca Televisión*, donde, en estos veintidós años, entre otros, dirige y presenta innumerables programas culturales, de ocio y comunicación (por ejemplo: el programa cultural “Papel y Tinta”). Se ha curtido como periodista y escritor “haciendo la calle”. Como afirma M.^a Valle Pardo Castilla, “*Daniel es hoy un rostro de referencia de la televisión pública: ha contado lo bueno y menos bueno de una ciudad en constante crecimiento, ha conocido varias corporaciones y regidores, infinidad de presidentes de entidades vecinales, deportivas, culturales o sociales: todos han hablado con alabanza hacia la persona de Daniel Pastrana, pues lo mismo se pone las botas de agua para irse a patear las calles llenas de barro, que lo mismo se pone el traje para la carrera oficial entre palcos; se pone el disfraz para contar los entresijos del carnaval, entre bambalinas, o el sombrero y el traje de flamenco en la feria. Es profesional para todo; marido y padre las 24 horas: Luna, su hija mayor ilumina sus sueños; Tiago, hombrecito con cuerpo de niño, maduro y con los mismos gustos que su padre; y Mauro, el ángel de la casa. Casado con Zaida, han formado una familia numerosa con el amor como bandera*”. Redactor y técnico de comunicación en el Ayuntamiento de Écija, conferenciante y presentador de libros, es miembro de la directiva de la Asociación Cultural Papel y Tinta, donde ejerce labores de portavoz, de coordinador de Astigiletras, participante en Jornadas de Novela Ciudad de Écija; feria de libros, Libros libres...

OBRA LITERARIA: múltiples relatos escritos y publicados en cuatro volúmenes temáticos de la Asociación Thánatos Audiovisual; en la revista *La factoría*; en periódicos de la cabecera “*Información*” en localidades como Palma del Río y Écija; en la antología *Relatidos* (“*El cielo de los rojos*”, *Círculo Rojo*, 2014: 313-19, sobre el asesinato de Federico García Lorca), coordinado por el llorado escritor Manuel Sánchez Sevilla; en antologías de novela negra, de relato erótico y terror de las editoriales Art-Gerust y Talento Comunicación ... Cabe destacar la publicación de dos entregas de su trilogía anunciada, una saga de fantasía: *Portadores del don* (2019) y *La ira de los seis* (2021). Es el autor del guion de la serie de ficción *La sombra de los gigantes* (Asociación Papel y Tinta). Tiene, asimismo, agencia literaria (Sandra Bruna) y múltiples distinciones en su ya consolidada trayectoria literaria de más de veinte años de oficio.

PREMIOS: Primer premio del *Concurso de Relatos de la Hermandad de Confalón* de Écija (2006); finalista en 2013 del *Concurso de Relatos de la Federación de Cofradías Gastronómicas del País Vasco*; Primer Premio en el *VIII Certamen de Relatos por la Igualdad Victoria Sendón* (2014); Finalista de la revista *Avenida Libros* (2019) por su novela *Portadores del don*; Primer Premio en el *Concurso de Relato Corto Nuevo Casino Principal de Pamplona* (2021) por su relato titulado “Ocaso escarlata”, dedicado a los felices años 20; Finalista del Premio Domingo Santos de Novela (2021)...Ecijano del Año 2021.

CONTRASTES



Suena el despertador. Pero no lo necesito. Llevo toda la noche sin dormir. Salto de la cama, como movido por un resorte, y me dispongo a ducharme como hago cada mañana. Mientras el agua resbala por mi piel acariciando mis aletargados músculos y dotándolos de nuevos bríos para el día que se avecina, me pierdo en un sinfín de recuerdos, de sensaciones...

Hoy es el primer día de colegio. Preparo el desayuno con esmero, pero hoy es especial: un poco de fruta para acompañar al pan tostado y un bizcocho casero. Poco a poco, la casa va llenándose de vida. Mi esposa cumple con su aseo diario y prepara todo para cuando “los monstros” decidan dar los buenos días al sol. Cuando aparecen con los ojos hinchados por el sueño y el pelo enmarañado, sonrío para mis adentros. Me recuerdan a mí mismo en aquellas frías mañanas de invierno, cuando mamá nos ponía el brasero de picón durante la mañana mientras desayunábamos. Recuerdo aquellos días en los que mi madre insistía en que había que tomarse todo el vaso de leche, que cada mañana sazonaba con una escasa cucharada de cacao y otra de azúcar. También recuerdo cómo aprovechábamos su distracción con sus quehaceres diarios, añadiendo mi hermano y yo más cacao a la leche, sonriendo pícaramente y disfrutando de ese intenso sabor con todo el paladar. Para acompañar al blanco líquido, nada mejor que una rica torta de manteca, las de la plaza de abastos, previamente tostada en la cocina de gas butano con una parrilla llena de negra miga requemada tras muchos días de uso. Mis peques siguen prácticamente dormidos mientras toman su vaso de leche. Yo les pongo dos cucharadas de cacao y ninguna de azúcar. Eso sí, lo toman con cañita. Una pieza de futa y un poco de queso para acompañar a la tostada. Ni han tocado el bizcocho.

Hora de vestirse. Mamá sigue dando vueltas por la casa como una posesa, buscando los zapatos y maldiciendo el desorden en la habitación de los niños. Eso no ha cambiado, debe ser una asignatura que enseñan sólo a las mujeres, “*Revolucionar las mañanas desde bien temprano*”. Eso sí, mi madre sacó el máster en “*Zapatillas voladoras que tuercen esquinas*” cuando no queríamos colaborar.

Luna y Thiago preparan sus mochilas. Lo hacen con parsimonia, con desesperante lentitud. Recuerdo mi mochila, pesada como pocas. Nada de dibujos animados en el exterior y personajes de moda entre los infantes. Tampoco había rastro de las ruedas para portarla. ¿Cómo lo llaman?, ¿trolley? No aguanto los anglicismos innecesarios. Recuerdo llegar a Cañato desde casa, con la mochila en la espalda, a veces incluso oculto tras ella debido a mi delgada complexión frente a la magnitud de la bolsa. Recuerdo que las mujeres barrían la puerta cada día, estabilizando después el polvo levantado con un cubo de agua que sacaban con su propia mano en pequeños hilos, siempre con la misma cadencia e idéntico resultado. Íbamos andando, nada de coches, aun en los días de copiosa lluvia. Para eso estaban las botas engomadas y los paraguas, en los que tampoco se veían personajes infantiles, por cierto. Esas botas que se heredaban hermano tras hermano y que parecía que iban a durar eternamente.

Yo les llevo en coche. La vida de hoy en día es demasiado acelerada para llegar andando a los sitios. Ese verbo ha quedado englobado dentro de las actividades deportivas, y el de “*pasear*” está en peligro